

# LAS ESPINAS DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Rafael Carralero

La abrumadora mayoría de la población suele ignorar la complejidad del mundo que vivimos. Oyen y repiten el hecho de que son tiempos difíciles, pocos saben por qué, a muchos no les importan las razones y hasta se sienten abrumados cuando escuchan hablar del asunto. Lo

lamentable es que la mayoría de esos que hacen gestos de cansancio cuando del tema se trata, son víctimas directas o indirectas de lo que ocurre en el planeta.

Asombra cuando uno ve en Facebook, digamos, la cantidad de “analistas políticos” que afloran cada día. Internet es un fenómeno tan imprescindible, asombroso y útil, como receptor de toda clase de expresiones, contactos y frivolidades que van y vienen por las redes e invaden el planeta sin el menor escrúpulo. Vale la magnitud democrática y la utilidad de internet, pero es agotador y triste percibir la banalidad endemoniada que se exhibe en esas páginas, por poner un ejemplo. Frivolidad, desinformación, aventurerismo y parloteo sin rigor vemos constantemente. Ocurre que la libertad de decir, cosa buena, por cierto, hace que muchos pierdan sentido del rigor y se aventuren a decir lo que se le ofrezca sin tener en cuenta que están tomando partido sobre lo que muchas veces ignoran.

Uno puede quedar verdaderamente anonadado cuando se encuentra juicios políticos e históricos emitidos por personas que no conocen la política y menos la historia. Desde esa “supina” ignorancia pretenden atrincherarse en las posiciones ideológicas que les acomodan, pero nada de análisis; muchos adjetivos y mucha aversión hacia lo que consideran la “acera de enfrente”, es decir, sus contrarios.

Es frecuente y lógico que las personas se muevan entre las posiciones de izquierda o de derecha cuando de política o ideología se trata, aunque en realidad muchos no acierten a saber qué es una u otra cosa. Respetable los que asumen su posición con conciencia clara de lo implica eso que defienden. Lamentable los que se sitúan con sus palabras y



acciones en tal o cual postura y se dicen neutros: “no soy ni una ni otra cosa”, suelen moverse en el plano de la farsantería. El único modo de vivir sin tendencia ideológica es no pensar, no opinar y no actuar en relación con la política. Pero atacar siempre, cuestionar y ponderar las acciones de una tendencia

implica estar en la otra orilla, cualquiera que sea. El ser apolítico es una posición política.

Lo que parece terrible es que haya personas, con suficiente instrucción, que enjuicien sin tener en cuenta el mundo en que viven e ignorando lo que está ocurriendo a escala mundial. Si no pertenecen a las élites financieras o políticas, que por lo regular se mueven en el mismo escenario ético, cómo es posible ignorar que hoy día el enemigo común de los pueblos, de los millones de desamparados que se ubican en todos los confines de la tierra, son precisamente los grupos de poder, esos que se mueven en la superestructura de los centros financieros y la política. Esas élites financieras secuestran la democracia en su legítimo sentido. Dicho de otra manera, 85 personas del mundo están apropiadas de la mitad de las riquezas o lo que es igual, poseen el equivalente a lo que disponen 3,500 millones de personas en todo el mundo. ¿Puede hablarse de democracia en una sociedad tan atterradoramente desigual? Cómo ignorar entonces que vivimos un mundo de aberraciones sin precedentes y que marchamos a la versión postmoderna de la esclavitud. Una esclavitud con otro rostro, con abundantes tarjetas de crédito bancario para pagar hasta la respiración y endeudarse hasta la médula.

Esta desproporción, esta barbarie de la desigualdad, es cosa que debía de conocer toda persona que se sienta en capacidad de opinar sobre política, ideología y poder. Lo contrario es ignorancia lastimosa. El neoliberalismo que la humanidad ha venido sufriendo durante las últimas décadas es la causa esencial del desastre, pero todavía tiene sus defensores conscientes y sus acólitos inconscientes, quienes (los últimos) sin saberlo arriman el hombro o cierran los ojos para no ver esta “esquina”

## **El fenómeno de concentración de la riqueza, provocado por la globalización neoliberal, ha abierto hasta la desmesura las distancias entre ricos y pobres**

espantosa del desequilibrio en el mundo. Son cómplices de esta insostenible desigualdad y abandono. El neoliberalismo trajo la desregularización, opacidad financiera, los paraísos fiscales y los cabalgantes recortes a la inversión social. La concentración de los capitales ha llegado a planos insospechados, el mundo se rige desde esos centros financieros. Desde la élite parapetada detrás de los bancos, las corporaciones, los monopolios y con la complicidad de grandes medios de comunicación y políticos de turno, se domina buena parte del mundo; desde allí se toman las grandes decisiones y se le dan giros insospechados a la rueda de la historia. El triste papel de buena parte de los políticos supuestamente más poderosos del planeta consiste en parecer que son, sin serlo. Incluso publicaciones que manejan imágenes y frivolidades en torno a las personalidades, suelen señalar al presidente de Estados Unidos como la persona más poderosa del planeta, en lo cual coinciden muchos analistas, pero tal apreciación es falsa; por encima de él están los grupos financieros, que acotan, mueven rumbos y ponen límites.

Una cosa es analizar las peculiaridades de tal o cual país o región y otra atrincherarse en tendencias ideológicas que finalmente coinciden con los intereses de este flagelo de la humanidad. ¿Es posible ignorar que en el mundo más de 2,500 millones de personas viven en el umbral de la pobreza extrema, es decir, viven sin protecciones sociales y con un promedio de 1.25 dólares al día? Ignorar el desastre de esta parte olvidada de la población mundial, especialmente la explotación y saqueo que viven regiones como África, es una complicidad cruel, aunque se haga por ignorancia. No es posible ignorar, digamos, que hoy Europa está en alerta para impedir las migraciones de africanos, que huyen de su tierra, desesperados, porque justamente sus países fueron saqueados perversamente por esa Europa ahora xenofóbica y excluyente.

Dentro de este panorama global, llama la atención la labor que realizan los “cazadores” de los defectos de la izquierda, que por cierto, son muchos, a veces agobiantes y tan deleznable como los cometidos por sus adversarios, pero los maniacos “pescadores” de dichas inconsecuencias suelen creerse paladines de la justicia, nunca se detienen a mirar a su derecha. A través de los medios convencionales de información o por internet se ocupan de subrayar con fuego los posibles desmanes de los hombres y los

gobiernos de izquierda. Está bien que se critique el mínimo error de aquéllos, y se cuestione cualquier abuso contra un ciudadano. La izquierda de verdad no puede ser represiva ni excluyente. El viejo concepto de que la guerra es necesaria para hacer la paz, asunto abordado ya por Platón y punto de partida para que luego se hablara de la violencia revolucionaria para enfrentar la violencia represiva o dominante, es un asunto que ha empezado a verse de otra manera, porque a estas alturas la izquierda tiene que ser respetuosa de los derechos humanos esenciales o deja de serlo. He oído decir recientemente que las revoluciones no son jardines donde anidan las mariposas. Se ha pretendido explicar excesos con la idea de que las revoluciones son procesos en los que el enfrentamiento conlleva excesos y posibles abusos. Falso, las revoluciones se justifican solamente cuando las multitudes viven mejor, sin miedos, sin represión, sin excesos y sin exclusiones. Es así, aunque muchos pensarán que es una ingenuidad pensar en cambios profundos sin enfrentamientos grandes. Pero ese es el verdadero papel de la izquierda.

Pero lo que sí queda claro es que muchos de esos personajes que he venido tipificando ignoran la presión que se ejerce sobre toda opción de izquierda en un mundo dominado por una derecha todopoderosa y agresiva en sus mecanismos, aun cuando puedan parecer pacíficos y civilizados. No veo que la mirada de aquellos se vuelva sobre horrores como el de África, digamos, donde los niños mueren como moscas fulminados por el hambre y las enfermedades. ¿No implicará tal omisión una canallesca complicidad? Será bueno preguntarse también: ¿cuáles son las causas de ese olvido, de esa miseria? ¿Alguien sería capaz de atribuirlo a la izquierda? Las legítimas ideas izquierdistas son herederas de las que protagonizaron la Revolución Francesa, un acontecimiento que sacudió al mundo y, pese a sus quebrantos, fue la base no sólo del pensamiento liberal, sino de las más grandes libertades y derechos de los hombres.

Desde las posiciones contrarias se hace siempre un balance de las desgracias de la izquierda, que no son pocas, y no se reconoce ninguna de sus conquistas. Para aderezar esa visión se identifica a la izquierda con el stalinismo o, lo que es casi lo mismo, con el socialismo real. Tal visión se ha fraguado con efectividad por los grandes grupos de poder, es decir, la médula de la derecha en el planeta. Pareciera, de pronto, que el mundo hubiese sido invadido por los “marcianos” del stalinismo, mientras del otro lado, en la otra orilla, los “justicieros defensores de las libertades occidentales” hubiesen estado protegiendo a la humanidad de sus agresores; es decir, el gran capital monopolista, que finalmente encontró el momento apropiado para apoderarse del mundo, es vendido como la generosa autodefensa que esperó la caída del socialismo real para reivindicar los

derechos de los hombres de la tierra. Los infelices desinformados o los informados no bien intencionados lo repiten a caja destemplada: “la caída del socialismo fue la salvación del mundo”. Es imposible defender la obra de Stalin, el socialismo real se envenenó con las prácticas represivas y la corrupción debió atacar desde su filosofía, no fue lo que esperaban los olvidados de siempre.

El pensamiento izquierdista, que está más allá de partidos políticos y de los mismos políticos, ha conquistado los grandes cambios de conciencia, ha combatido el conservadurismo retardatario tras el cual se esconden las ideas de derecha. Conservadurismo es contrario al aborto, a la igualdad de género, al respeto de la voluntad homosexual, a la igualdad racial, étnica y de clases. Alguien puede dudar que los avances obtenidos, por mencionar algunas de las conquistas de los últimos tiempos, son logros del pensamiento progresista, de izquierda. Muchos de los cambios sociales alcanzados por gobiernos de izquierda en la actualidad pretenden ser acallados, los grandes medios de comunicación hacen todo lo posible por ocultar o disfamar. Se le acusa a la izquierda de estar estancada, anquilosada, anticuada y es válido para ciertas tendencias, pero tal afirmación generalizada es un absurdo y una infamia. Por qué no observan con cuidado cuántos de los guerrilleros de ayer hoy encabezan los destinos de sus pueblos desde las posiciones más democráticas y liberales, por ejemplo, los presidentes de Brasil, Uruguay, Nicaragua, El Salvador. ¿Se les ha ocurrido a los detractores de la izquierda llevar a estadística los millones de olvidados de siempre que han sido rescatados de la extrema pobreza? Es mejor detraer a ciegas y mirar hacia los errores de la izquierda sin acudir a la historia y a los hechos concretos.

Parece desacertado y perverso hacer tabla rasa y desde los defectos juzgar hechos histórico como fue, digamos, la Revolución de Octubre, que dio por primera vez en la historia protagonismo a la clase trabajadora, con independencia de lo que luego fue el resultado de la acción de Stalin. El socialismo real fue un fracaso como sistema porque desvió lo mejor del pensamiento reivindicativo de la izquierda hacia un sistema totalitario y cerrado. Por sus errores y desaciertos económicos y por su incapacidad de alzarse como una opción definitiva para las multitudes. Ahogó en la ineficacia la esperanza de millones de personas en el planeta. No respetó los derechos individuales como era imprescindible y se llenó de inconformidades. No es posible negar el culto a la personalidad y el autoritarismo que se ha impuesto desde las trincheras del socialismo, pero eso no puede implicar desconocimiento de las conquistas múltiples en beneficio de los desposeídos de la tierra. Justamente, porque en el origen de todos los proyectos del socialismo hubo una vocación y una acción de izquierda, revolucionaria, cualquiera que haya sido el final.

Cabría hacer alguna comparación: la izquierda protagonizó ese fenómeno conocido como stalinismo, que trajo consecuencias funestas para la humanidad, su huella como sistema significó experiencias costosas para otros pueblos, para las propias ideas progresistas, pero la izquierda no fue quien invadió Viet-Nam y dejó centenares de miles de muertos inocentes. No fue la izquierda quien entró en Irak y dejó, además de las miles de vidas que se perdieron, el destroz de una cultura milenaria. No fue la izquierda quien intervino Nicaragua para eliminar a su líder, Sandino; no quien intervino en Guatemala cuando Jacobo Árbenz intentó modernizar al país y desarrollar una reforma agraria en beneficio de su pueblo; no quien invadió República Dominicana, Haití, Cuba, Granada... Sería interminable la lista de invasiones, ataques, intromisiones y muertes sembradas, no precisamente bajo la bandera de la izquierda. ¿Cómo se pueden calificar los que ignorando todo esto se apresuran a golpear donde la izquierda, e incluso la supuesta izquierda, comete sus excesos?

Uno puede asombrarse cuando ve a analistas, entre y sin comillas, reclamándole modernidad a la izquierda, en lo que no están del todo equivocados; pero la modernidad solicitada, casi siempre significa alianza y convivencia placentera con la derecha. ¿Esa es la izquierda que requiere la gente o la que le conviene a la derecha? Creo que se necesita una izquierda propositiva, combativa, capaz de generar proyectos convincentes sin hacer concesiones de principios y sin exclusiones ni persecuciones. Una izquierda inteligente, ausente de oportunismos, corrupciones y capaz de generar programas que se distancien, cada vez más, de las propuestas inequitativas de la derecha neoliberal. Se necesita una izquierda capaz de interpretar el pensamiento progresista de libertades y transformaciones sociales, como lo ven los hombres de pensamiento, como lo requieren los pueblos.

Los primeros que deben de estudiar la historia son los políticos de izquierda. Deben de estudiarla también los “analistas” emocionales que le hacen el juego a una derecha cada vez más manipuladora y oprobiosa, que permite, repito, que 85 personas del mundo ocupen bienes materiales equivalentes a lo que reciben 3,500 millones de personas, de carne y hueso, por cierto, como ellos, como los privilegiados del flagelo económico. ■

---

**Rafael Carralero** (Cuba, 1949). Escritor cubano, nacionalizado mexicano. En Cuba tuvo responsabilidades en el campo de la cultura, fue fundador de instituciones y proyectos de investigación y promoción cultural, como el Centro Juan Marinello. Fue también director de la revista *Temas* y dirigente de la Asociación de Escritores de Cuba de la UNEAC. Entre sus libros, cabe citar: *Con el ojo en la mira*, *Casa de Espejos*, *El Vuelo del Albatros* y *Leyendas de tierras extrañas*, *Episodio inconcluso*, *Tiro nocturno*, *Tiempo y amor sobre el golfo*, *Heredia: del verso nació la acción*, y *La otra asunción de la virgen*. En México es presidente actualmente de la Asociación de Intercambio Cultural “José María Heredia” y del Comité Internacional para los Festivales del Caribe.